

La Caja de Pandora: Miradas Prohibidas.

No mires. No contengas. No toques. No hables. No entres. No palpes. No salgas. No agarres. No estremezcas. No bebas. No fuerces. No comas. No montes. No metas. No sorbas. No cabalgues. No esperes. No detengas. No enlaces. No rompas. No ates. No desees. No reserves. No. No.

[¡Cuidado: la prohibición no te hará salva!]

La exposición colectiva, encabezada por **Sheila Rocha**, nos asoma a una renovada Pandora; la artista Rocha es Pandora, no la mujer creada por Hefesto bajo la orden de Zeus, sino la curiosa y sensible que nos invita a ver a través de la caja, abriéndola ante nuestros ojos para hacernos partícipes de las miradas de **Denisse Buendía**, **Íza Vela Simone**, **Mafer Rejón**, **Adriana Puente** y **Mariana Molina**, artífices y creadoras de una colectiva que nos asoma a abrir una y otra vez la caja desde donde emergen grabados, acrílicos y óleo, que no son los males del mundo, sino aquello que entraña lo prohibido que hay en nuestra piel, en nuestro deseo, en nuestro cuerpo.

En *El Origen*, primer grabado de Rocha, estamos en la antesala del mundo, figuras en pares, siameses hermafroditas, desafiando las convenciones para tocarse, y en el cielo del grabado (y en el del mundo de Rocha), un par de querubines eternizando; y en los costados nuevamente en par unas réplicas y el mundo vuelve a comenzar... en par. Más adelante, Rocha, nos lleva a su *Ovobetacaroteno*, una prohibición más, un tabú del abrazo y la estrechez de los cuerpos que no importa de quiénes son, nos conduce a la expresión máxima de la ternura, ese lugar ambiguo que se distiende y nos recuerda lo que hizo falta. **Denisse Buendía**, relata en *La zurcidora*, la mayor de las prohibiciones: rehacerse a sí misma, sin más que una aguja que sepa a dónde va el corazón, y como un presagio un felino la acompaña para las siguientes siete vidas que la mujer vivirá, porque puede hacerlo desde su propia y no encadenada desnudez; Buendía, nos entrega en otra pieza “Lo que Pandora

sueña”, con toda la fantasmagoría de las creencias y el corazón recién parido, porque Buendía, cree en que es la mujer quien puede darse a sí misma un corazón sin prohibición; entregarlo y volverlo a parir las veces que sean necesarias, porque eso es lo que Pandora sueña.

“Pedalea desnuda no importa si no hay horizonte”, es la prohibición que desafía **Íza Vela Simone**, en su *Incandescencia geométrica*, y los cabellos de la mujer arden, mientras fondo y forma de un paisaje irrumpen compañeros de su desnudez, la bicicleta, la forma doble que encarnara el demonio sirve de vehículo para que esa mujer desnuda se aproxime ante nuestra mirada a la velocidad del deseo por su desnudez, montada, y no atada; ante nuestros ojos discurre el deseo y flotamos, deseamos que llegue, deseamos... deseamos. *Lluvia dorada*, es la segunda pieza de Simone, y en ella nos invita al paroxismo de la doble entrega, del placer por el placer, de la forma doble, como doblez de los propios cuerpos, exaltándonos. Nos adentramos a la narrativa de **Mafer Rejón**, en su grabado de *El infiel*, somos ese pájaro que mira desde lo alto, vigilante, juicioso, la forma en que alguien se ha atado al convencionalismo y se solaza al deseo, que toma, toca, arrebatada, pero no se permite salir por las pequeñas puertas que la artista Rejón ha dejado abiertas, empequeñecidas, prefiere la atadura, el impulso volátil de flotar sobre la almohada, que podríamos pensar refiere el lecho conyugal, antes que soltarse, y en una esquina apenas divisamos los rastros de otros como él, como ella, la que calza pezuñas, la imagen de la desnudez o la perpetración, quienes también han visitado ese lugar, una habitación o un sitio en la fantasía de *El infiel*.

“Los animales decían tu nombre”, parece susurrar en su grabado, **Mariana Molina**, *Virgen en llamas*, titula su pieza, y en ella retoma el tabú de la virginidad, para llevarlo a su forma onírica. Para Molina, el suelo y el campo arden, susurrando, gritando, exacerbados por la desnudez animal y ahí el mito de la mujer inmaculada, sólo apenas rozada por un caballo blanco, que esta vez cabalga no un príncipe, no un caballero, sino la mujer virginal, desafiante, en la búsqueda de su propio camino. Finalmente, **Adriana Puente**, en su pieza en óleo *A través de los anillos*, nos acerca

a un doble anillo, el del compromiso matrimonial, y el otro, el anillo del placer del que no se habla, el que se juzga, el que amplifica el placer con la carne, el lugar de la transgresión, en un punto que no ha de nombrarse porque no es sitio de procreación sino del placer. Puente, acerca nuestra mirada hasta que deseemos apartarla, porque como una lupa nos muestra ese lugar de carne y nervios que no se nombra, pero que conocemos, ese otro anillo de compromiso que no ata, que une, aunque no respire.

Miramos, suspiramos, inhalamos, exhalamos, la caja de Pandora se ha abierto, quedan estas imágenes adentro de quienes nos hemos asomado a ver sin juzgar, sin contraer el pecho, sin asumir que todo está dicho. Hemos asistido a una transgresión, también a un aquelarre, una cofradía de seis mujeres y un motivo: transgredir la prohibición: ¿cuál? Es lo que menos importa, si la caja se ha abierto y Pandora sonrío, estará en ti, en ustedes, mucho después de cada uno de los grabados, acrílicos, óleo.

Miramos, suspiramos, inhalamos, exhalamos, la caja de Pandora se ha abierto, quedan estas imágenes adentro de quienes nos hemos asomado a ver sin juzgar, sin contraer el pecho, sin asumir que todo está dicho. Hemos asistido a una transgresión, también a un aquelarre, una cofradía de seis mujeres y un motivo: transgredir la prohibición: ¿cuál? Es lo que menos importa, si la caja se ha abierto y Pandora sonrío, estará en ti, en nosotros, mucho después de cada uno de los grabados, acrílicos, óleo.

Jasmín Cacheux

Cuernavaca, Morelos, México; abril 28, 2018.